

LA NACIÓN EN LA ORILLA (O MADONNA RESUCITA)

Víctor García San Inocencio

*"Enemigo de la guerra y su reverso,
la medalla, no propuse otra batalla que
librar al corazón de ponerse cuerpo a
tierra bajo el peso de una historia que
iba a alzar hasta la gloria
el poder la razón...*

*y ahora que ya no hay trincheras el
combate es la escalera y el que trepe a
lo más alto pondrá a salvo su cabeza
aunque se hunda en el asfalto
la belleza...*

*Míralos como reptiles al acecho de
la presa, negociando en cada mesa
maquillajes (ideologías) de ocasión;
siguen todos los railes que conduzcan
a la cumbre locos porque nos
deslumbre su parásita ambición.
Antes iban de profetas y ahora el
éxito es su meta; mercaderes,
traficantes, más que nausea dan
tristeza, no rozaron ni un instante
la belleza...*

*Y me hablaron de futuros
fraternales, solidarios, donde todo lo
falsario acabaría en el pilón,
Y ahora que se cae el muro ya no
somos tan iguales tanto tienes
(vendes), tanto vales
¡viva la revolución!*

*Reivindico el espejismo de intentar ser
uno mismo, ese viaje hacia la nada que
consiste en la certeza de encontrar en
tu mirada la belleza..."*

LA BELLEZA

(letra y música de L.E. Aute)

La letra de la canción que acaban de leer recoge mejor que ninguna otra que conozca, el sentimiento posmodernista. La idea del agotamiento del poder de la razón, de la humanidad en viaje hacia el progreso y de los discursos totalizantes.

El libro que comentaré, forma parte de un diálogo que apenas inicia en Puerto

Rico, donde se sitúan por un lado un sector autodenominado posmodernista —que estoy seguro no se adjudica la representación totalizante de los posibles discursos de esta ola— y que por el otro lado, tiene como respondientes a una multitud de perspectivas de quienes no queremos ubicarnos voluntariamente dentro de esas visiones.

Agradezco la invitación para comentar este libro. Habiendo partido hacia un mundo de debates encarnizados, no esperaba encontrarme tan pronto comentando sobre este diálogo feroz que se ha suscitado a partir del ensayo intitulado "De Albizu a Madonna", escrito por el profesor Carlos Pabón y publicado en el número 1 de la revista **Bordes**; y de los ensayos de Luis Fernando Coss, que contiene el libro que se presenta hoy, *La Nación en la Orilla*.

Entiendo la pasión que suscita el conjunto de discursos que se agrupan y encapsulan bajo la etiqueta "posmodernismo". En algunos lugares esta etiqueta circula como moneda representativa de sabiduría y caché desde hace más de una década. Ya hay también pos-posmodernismo y hasta tardomodernismo. Me sospecho que estamos ante un debate repleto de mutaciones y variantes.

De manera que es saludable que en esta colonia nuestra donde el catarro siempre nos llega tarde desde el primer mundo —y generalmente en forma de pulmonía— el debate "posmodernista" esté tomando un poco de calor.

Debo advertir que no me agradan ciertas actitudes de algunos posmodernos que deifican la relatividad al grado de proclamar la individualidad como la única salida. Tampoco me divierte la brocha gorda con que otros posmodernos pintan el cuadro de "la reali-

Luis Fernando Coss,
La nación en la orilla
(respuesta a los
posmodernos pesimistas),
San Juan, Ed. Punto
de Encuentro,
1996, 84 págs.



dad" creyendo ver en el paseo de La Guancha de Ponce lo mismo que se ve en la calle San Sebastián, todo ello asimilado al espíritu parisino del sesenta y ocho.

Me disgusta la globaldependencia que tiñe el análisis de otros posmodernistas viendo como inevitables, concluyentes e invariables procesos económicos, sociológicos y políticos de una inmensa complejidad. Complejidad que nace precisamente de las desigualdades y de las contradicciones que esas desigualdades generan en los intercambios intranacionales e internacionales y que esos mismo posmodernistas dicen reconocer.

No hay duda que la globalización

plantea una tendencia muy fuerte que está transformando al Estado-nación subsumiendo a ambos aún más a las fuerzas del mercado y del capital transnacional. Pero ello no hace iguales, ni equivalentes al indígena campesino de Chiapas con el industrial japonés, ni al bohemio del Barrio Latino con el refugiado tutsi, ni a un soldado serbio con el conde Drácula de su no muy lejana Transilvania.

El posmodernismo o al menos ciertas derivaciones de algunas de las corrientes que lo nutren ha aparecido, aunque poco, en nuestro proceso político. Si bien ha requerido mucha imaginación y creatividad ajustar algunos de sus enunciados a nuestras realidades caribeñas.

No hace mucho se nos inundó el carburador con la gasolina de la llamada "sociedad civil". Que existe, no le queda duda a nadie y de que está en cualquier lugar donde coexiste con el Estado, tampoco. Pero traerla con "vanes" repletos de categorías ideadas para explicar otras sociedades y aplicarlas a Puerto Rico... mucho cuidado. En Francia, los trabajadores sindicados superan porcentualmente diez veces a los que se organizan colectivamente en Puerto Rico. Luego, tenga cuidado con el tipo de expectativas que crea en torno a ambas sociedades civiles.

A pesar de estos debates criollos no deja de ser muy pequeño el ámbito en el que se dan estas sacudidas del intelecto. Acostumbrado a estar en minoría, créanme que sé de lo que les hablo. El noventa y nueve punto nueve porciento de los puertorriqueños no ha oído hablar de la posmodernidad. Me sospecho que en las universidades mucho menos de una décima parte de sus estudiantes haya discutido el término.

En el mundo jurídico puertorriqueño en el que participo, uno de cada diez profesores quizá ha estudiado un poco el fenómeno posmoderno. Debo decir, sin embargo, que a nivel internacional ha sido en algunas disciplinas jurídicas — odiadas por algunos de los auto-proclamados posmodernos — como la

Sociología y la Filosofía del Derecho en las que más brecha se ha abierto en el campo posmoderno.

La literatura del pensamiento legal crítico, de la ampliación de los derechos de la mujer, del reexamen de las relaciones de poder coloniales y poscoloniales, para mencionar sólo algunas, ha traído aportaciones importantes a este desarrollo en la región del pensamiento posmoderno que no deben ser subestimadas. En Puerto Rico se destaca **Barco de Papel**, Revista Jurídica de la Facultad de Derecho Eugenio María de Hostos, como la única publicación de su género de claro sabor y toque posmoderno.

Aquí estamos pues, comentando la polémica suscitada entre los profesores Pabón y Coss. Prefiero llamarlos Papo y Peri como en la época de nuestras "luchas" estudiantiles de fines de los setenta y de aquella huelga del '81 con la que tantos empezamos a madurar políticamente.

Resulta curioso que ambos compañeros hayan sido líderes estudiantiles cuyas inquietudes, planteamientos y "soluciones" gravitaban alrededor del marxismo y que también ambos fueran independentistas. Peri era líder de la F.U.P.I., Papo de la U.J.S., ninguno, claro, era pipiolo. Es que encontrarlos en polos en apariencia tan opuestos me inquieta.

El profesor Pabón arremete y declara agotado el discurso nacionalista. Esta conclusión resulta extravagante, especialmente si se trata de una colonia antemoderna como lo es Puerto Rico, donde el signo metropolitico TODO lo preside y en donde POR OPOSICIÓN el reclamo de la soberanía subyace siempre. No empee esta conculción, las omisiones y algunos desafueros metodológicos — en la posmodernidad ¡todo se puede! — que muy bien señala el profesor Coss en su crítica; no es del todo desdeñable el análisis que Pabón hace sobre las contorsiones y acomodos de algunos "desradicalizados" triturados por la cooptación cultural oficialista.

Divorciar el reclamo de la soberanía

para nuestro pueblo y su correlato (el proyecto de construir una nación-Estado en Puerto Rico) de la consolidación de la cultura e identidad nacional puertorriqueña ha sido una de las empresas nefastas del estadolibrismo a la cual han contribuido desde la década del cincuenta hasta hoy día, personas vinculadas a la llamada izquierda.

Sin duda las exageraciones del profesor Pabón surgen como una respuesta *in pectore* — visceral diría yo — a esa transmutación ideológica. Pero las categorías de análisis — y créanme tienen que existir las categorías, si ha de haber análisis y conocimiento — del profesor Pabón son diferentes a las del señor Dávila Colón al igual que sus motivaciones. Por lo que el profesor Coss, no los ha debido juntar. De hecho, el análisis del "neonacionalismo" al que se hace referencia en algunos escritos posmodernos tiene su anclaje antiquísimo en el rechazo tajante que del nacionalismo hicieron por igual las escuelas marxista y liberal desde el siglo pasado.

De otra parte, debemos contextualizar la aparición del escrito del profesor Pabón en el primer número de **Bordes** dentro de una literatura sumamente polémica, agresiva, iconoclasta y que no está exenta del recurso de la escandalización y "vetetismo." Más que al pesimismo — estado anímico difícil de precisar y que debe acompañar a los seres saludables que transitamos con realismo por nuestras calles — debemos referirnos a este estilo como uno escandalizante que utilizan algunos posmodernos del patio y de otros "bateyes", que no deja de ser controvertible, exasperante para unos y divertido para otros y una especie de "moda atrayente."

Si bien es cierto que el mundo se va globalizando — ¿cuando no? desde Eratóstenes a Magallanes, ese ha sido el caso — asumir la desintegración de las nacionalidades tipo de la Alka-Seltzer, vía la Internet y el Cable-TV es revivir la vieja metodología que hizo concebir a la Razón como el instrumento del progreso del espíritu humano en la que se fun-

daron liberales y marxistas por igual y de la que quiere apartarse **necesariamente** lo posmoderno.

Acierta concretamente Luis Fernando en su denuncia de la "gran desconexión que existe actualmente entre una parte de la producción intelectual puertorriqueña que se inscribe en la onda posmodernista pesimista y los movimientos sociales y políticos". Esta desconexión podría atribuirse también a otros intelectuales no posmodernos. Pero muy bien lo asevera el profesor Coss:

"Las tesis de los posmodernistas nos deparan una intelectualidad despolitizada". (pág. 80)

Es aquí y en la re inserción del tema del principio a la autodeterminación e independencia como componente **esencial** del proyecto para alcanzar "el pleno potencial de una comunidad histórica y caribeña, abierta como ninguna otra a la influencia estadounidense" donde radica la importancia del llamamiento a **todos** que hace Luis Fernando al trabajo político e intelectual (no son excluyentes). De mi parte subrayo el trabajo a favor de la independencia por razones obvias.

Como nota final quisiera puntualizar que a mi modo de ver el nacionalismo puertorriqueño se ha caracterizado por su amplitud y anchura de miras. No ha sido un nacionalismo chauvinista, ni que

proclama la superioridad de lo puertorriqueño sobre ninguna otra nacionalidad, tampoco es un nacionalismo que predique la derrota de un puertorriqueño frente a otro, ni ha estado teñido por el odio que embrutece como en otros lugares del mundo.

Acaso, por tratarse de la última nación sometida por más tiempo al colonialismo del imperio más poderoso, sea nuestro nacionalismo el más maduro. Esa sería la única ventaja a largo plazo de haber alcanzado tarde nuestro Estado-nacional. Que sabemos será alcanzado por nosotros para todos los puertorriqueños incluyendo a aquellos que menoscaban su nacionalidad.